

SANTIAGO MADRIGAL, SJ\*

## **LO RELIGIOSO EN *EL QUIJOTE*: EL CRISTIANISMO CATÓLICO DEL CABALLERO ANDANTE**

Fecha de recepción: marzo de 2016

Fecha de aceptación y versión final: junio de 2016

**RESUMEN:** El objetivo de este estudio es explorar las posibilidades de una lectura teológica de la inmortal obra de Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Para ello, primeramente, el artículo presenta el debate acerca de la naturaleza del catolicismo de Cervantes, su dependencia de Erasmo o su proximidad al concilio de Trento (según la interpretación de A. Castro, M. Bataillon, M. Unamuno, S. Muñoz Iglesias). En segundo término, el autor descubre y describe la religión de don Quijote y la fe de Alonso Quijano.

**PALABRAS CLAVE:** Cervantes, don Quijote, Erasmo, Trento, libros de caballerías, catolicismo.

### ***Don Quixote and the Catholic religion***

**ABSTRACT:** The aim of this study is to explore the possibilities of a theological reading of the immortal work of M. de Cervantes, *The ingenious Hidalgo don Quixote*. For that, firstly, the article presents the debate about the nature of Catholicism by Cervantes, its dependence from Erasmus or its proximity to the Council of Trient (A. Castro, M. Bataillon, M. Unamuno, S. Muñoz Iglesias). Secondly, the

---

\* Profesor de Teología dogmática en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid: smadrigal@comillas.edu.

author discovers and describes the Don Quixote's religion and the faith of Alonso Quijano.

KEY WORDS: Cervantes, don Quixote, Erasmus, Trient, romances of Chivalry, Catholicism.

Estas reflexiones toman prestado su título principal del libro homónimo «Lo religioso en *El Quijote*» de Salvador Muñoz Iglesias<sup>1</sup>. Así declaran su inicial dependencia de aquel estudio monográfico del año 1989, que marca un hito en el análisis lingüístico de la actitud religiosa de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616). Por otro lado, cuando nos aproximamos a la conmemoración de los quinientos años de la Reforma protestante no está de más recordar que la irrupción de Martín Lutero (1517) y la celebración del Concilio de Trento (1545-1563) trazan las coordenadas históricas y religiosas de aquella España que vio nacer al autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y que acuñó en medio de una escena hilarante la frase proverbial que viene sirviendo para plantear las cuestiones suscitadas por el cristianismo de cuño católico: «con la Iglesia hemos dado, Sancho»<sup>2</sup>.

Hace ya más de un siglo que se viene aireando y debatiendo la cuestión acerca de la naturaleza del cristianismo cervantino: si es más próximo al espíritu librepensador de Erasmo o si viene troquelado en los moldes del catolicismo tridentino. Vamos a resituar y reorientar este interrogante en esta dirección: desde su naturaleza de escrito de entretenimiento, ¿qué tipo de lectura teológica permite el *Quijote*?

Para ello comenzaré releendo el estudio de S. Muñoz en las coordenadas literarias e históricas de la novela de Cervantes, esto es, su carácter de parodia de los libros de caballerías. Seguidamente recordaremos los resultados de aquella investigación y los cotejaremos con otros trabajos más recientes examinando algunos capítulos de la recepción del *Quijote*: el erasmismo, la Inquisición, Trento. Antes de llegar a algunas conclusiones sobre el sustrato teológico de la novela, a saber, la religión del caballero andante y la fe de Alonso Quijano, evocaré la figura histórica del escritor alcalaíno que, en medio de difíciles circunstancias,

<sup>1</sup> *Lo religioso en El Quijote*, Toledo 1989.

<sup>2</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. IX, 759. Todas las citas según la edición del Instituto Cervantes 1605-2005, dirigida por Francisco Rico, Barcelona 2005.

engendró y sacó a la luz del mundo la historia del famoso don Quijote, «luz y espejo de toda la caballer  andante».

### 1. EL ENIGMA CERVANTES: «NUNCA LA LANZA EMBOT  LA PLUMA, NI LA PLUMA LA LANZA»

A los cuatrocientos años de su muerte, Miguel de Cervantes sigue siendo un enigma. Unamuno, amigo de esquinadas paradojas, sostenía que el personaje (don Quijote) era superior a su creador (Cervantes), una hipótesis que se ajusta mal al sentido común<sup>3</sup>. En cualquier caso, los eruditos constatan la distancia inmensa entre la obra literaria y lo que conocemos de la biografía del autor:  c mo pudo aquel soldado de Lepanto y recaudador de impuestos escribir *El Quijote*?

Sin embargo, nada está de sobra ni dicho al azar en este libro. Y viene bien al caso esta afirmación hecha como de pasada y puesta en boca del hidalgo manchego, que defiende tanto la antigua condición militar de Cervantes como sus dotes de literato: «Nunca la lanza embot  la pluma, ni la pluma la lanza»<sup>4</sup>. Traslademos ese enigma inicial e interrogante básico, « era muy culto Cervantes?», al terreno concreto de la cuestión religiosa que en aquellas calendas se planteaba en una España marcada por la secular convivencia, más o menos pacífica, de judíos, moros y cristianos, en medio de la sacudida que habían ocasionado las corrientes del erasmismo y el luteranismo, entreveradas a veces con el fenómeno hispano de los alumbrados, sin olvidar la floreciente mística en aquella centuria<sup>5</sup>.

La tesis defendida por S. Muñoz se sustancia en esta afirmación: Cervantes, «desde su profesión de escritor profano», se siente «un laico comprometido» que ha puesto su pluma al servicio del «quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina»<sup>6</sup>. En esta tarea, más allá de la fina ironía utilizada por el padre y padrastro del *Quijote*, entra en

<sup>3</sup> M. DE UNAMUNO, *La vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid 1992, 525.

<sup>4</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XVIII, 215.

<sup>5</sup> R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*. Actas del coloquio internacional de cervantistas (Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel, 19-21 de diciembre de 2005) Madrid 2008.

<sup>6</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 319-337; aquí: 336.

acción este lema sabroso: «La pluma es lengua del alma: cuales fueran los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos»<sup>7</sup>.

Recordemos algunos textos que sustentan la tesis de S. Muñoz y ponen en conexión el tema de la novela, –las aventuras del caballero andante don Quijote–, con el arte de la predicación, al tiempo que exhalan un sentido de profunda religiosidad. Comencemos por el diálogo de amo y escudero sobre la providencia divina después de la desgraciada aventura de los rebaños que les había vaciado las alforjas dejándoles muertos de hambre:

- «Mas, con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los injustos y los justos.
- Más bueno era vuestra merced –dijo Sancho– para predicador que para caballero andante.
- De todo sabían y han de saber los caballeros andantes, porque caballero andante hubo en los siglos pasados que así se paraba a hacer un sermón o plática en mitad de un campo real como si fuera graduado de la Universidad de París»<sup>8</sup>.

Siguiendo esta asociación entre *predicador* y *caballero andante* resulta curioso comprobar que los dos protagonistas del *Quijote* se tildan, recíprocamente, de teólogos o de hombres versados en teología, precisamente por sus habilidades para la predicación. Así sucede en el pasaje en el que Sancho Panza diserta sobre la muerte en unos «términos rústicos», que llaman la atención a su amo, que destaca con cierta sorna sus dotes para «tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas», a lo que el escudero respondió: «Bien predica quien bien vive, y yo no sé otras teologías»<sup>9</sup>. En otro lugar había expuesto Sancho la doctrina cristiana otrora escuchada: «He oído yo predicar que se ha de amar a nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena»<sup>10</sup>. Por su parte, la arenga que don Quijote dirige a los

<sup>7</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 828.

<sup>8</sup> Lib. I, cap. XVIII, 215.

<sup>9</sup> Lib. II, cap. XX, 873.

<sup>10</sup> Lib. I, cap. XXXI, 398.

vecinos del pueblo del rebuzno para disuadirles de una pelea con sus burladores está concebida como un sermón acerca del mandato cristiano del amor al prójimo. En esta ocasión, Sancho devuelve el cumplido al Caballero de la Triste Figura: «El diablo me lleve si este mi amo no es teólogo, y si no lo es, que lo parece como un güevo a otro güevo»<sup>11</sup>.

La escena acaecida en la casa del caballero del verde gabán, Diego de Miranda, vendría a redondear estas consideraciones, cuando don Quijote explica en qué consiste «la ciencia de la caballería andante»: «Es una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo», de modo que quien la profesa ha de ser jurisconsulto, médico y herbolario, astrólogo, matemático, «ha de estar adornado de todas las virtudes teológicas y cardinales», «ha de saber nadar y herrar un caballo», «ha de guardar la fe a Dios y a su dama», y también –dice un poco antes– «ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde que le fuera pedido»<sup>12</sup>.

Ahora bien, es claro que ni don Quijote ni Sancho son teólogos. Tampoco lo era Miguel de Cervantes, que tantas veces y de tantas maneras se hace presente en su novela interfiriendo en la historia, episodios y aventuras del hidalgo y su escudero. Empezando por el hecho de que en la biblioteca de don Quijote existe un libro de Cervantes, *La Galatea*, publicado hacía muchos años (1585), su única publicación extensa antes del *Quijote*. El cura, Pero Pérez, que es un lector ávido y competente, conoce al autor: «Muchos años ha que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos»<sup>13</sup>. Asistimos a ese desdoblamiento característico que se plasma de manera genial en la *ironía* cervantina, como esa conversación permanente del escritor consigo mismo, ya iniciada en el prólogo con el diálogo que entabla Cervantes con su amigo, esto es, la dualidad íntima de la conciencia humana, que es expresión de la lucha entre la inspiración y esfuerzo, entre el autor ficticio y el escritor real, un desdoblamiento que se prolonga a lo largo de la novela como juicio crítico que la inteligencia hace sobre la propia invención, pero también como juego de la relación que se establece entre el autor y el lector<sup>14</sup>.

<sup>11</sup> Lib. II, cap. XXVII, 940.

<sup>12</sup> Lib. II, cap. XVIII, 844-845.

<sup>13</sup> Lib. I, cap. VI, 94.

<sup>14</sup> C. MORÓN, *Para entender El Quijote*, Madrid 2005, 245-253; 36.

Hay otras muchas apariciones de Cervantes en el *Quijote* más o menos furtivas. La más espectacular acaece en la alcañá de Toledo donde el narrador Cervantes dice haber descubierto los cartapacios en árabe que contenían el manuscrito de Cide Hamete Benengeli, «autor arábigo y manchego»<sup>15</sup>, que permiten continuar la «vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha», interrumpida de forma abrupta en su momento álgido<sup>16</sup>.

En el espejo de sus protagonistas aparece el genial manco de Lepanto como un hombre no solo versado en desdichas y versos sino también en cosas de moral y en asuntos de la fe. Se puede decir de Cervantes, –así S. Muñoz–, que no era «un escriturista, ni un teólogo o moralista, estrictamente dicho; pero tenía de la Sagrada Escritura, del dogma cristiano y de su moral un conocimiento extenso y profundo, ajustado y preciso, a un nivel más elevado que el usual en un «ingenio lego»»<sup>17</sup>.

Son las interferencias del autor y novelista en el decir y sentir de sus personajes donde hay que buscar los rasgos fundamentales de su actitud religiosa, que forma parte del enigma Cervantes y se entremezcla con el propósito literario de la novela. Por eso, desde esta primera aproximación a la inmortal obra pasemos a examinar más de cerca su tema propio, las novelas de caballerías, el prisma desde el que ha sido construido el universo real y literario que sirve de encuadre a la dimensión religiosa de una época.

## 2. EL *QUIJOTE*, «UNA INVECTIVA CONTRA LOS LIBROS DE CABALLERÍAS»

¿Cuál es el asunto y tema de esta obra? Antes de responder a este interrogante con las palabras que el propio Cervantes estampó en el prólogo

<sup>15</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XXII, 257. Véase el comentario de A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, Madrid 2002, 639-646. Dice don Quijote (Lib. II, cap. II, 703): «Ese nombre es de moro». Según S. Bencheneb, significa «El Señor que más alaba al señor hijo del evangelio». Véase: L. LÓPEZ-BARALT, «El sabio encantador Cide Hamete Benengeli: ¿fue un musulmán de Al-Andalus o un morisco del siglo XVII», en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 339-357.

<sup>16</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 118.

<sup>17</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 22.

de su libro, podemos recrear la situación literaria de la época recordando que S. Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús –así lo confiesa en su biografía– era muy aficionado a los libros de caballerías. Al igual que Santa Teresa de Jesús. Conoce el *Amadís de Gaula*, el más famoso y original de los libros de caballerías en la España del siglo XVI, que tenía don Quijote en su biblioteca. Este y otros libros del género habían inflamado la mente y perturbado el juicio del hidalgo manchego, «que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda»<sup>18</sup>. Es la clase de libros que solicitó durante su convalecencia el gentilhombre Íñigo de Loyola herido de gravedad en Pamplona. Pero en la sobria casa de Azpeitia no había aquellos libros, así que recibió en su lugar el *Flos sanctorum*, las vidas de santos, y la *Vida de Cristo* del Cartujano, que propiciaron su conversión. Después de abandonar la casa solar de Loyola, venciendo las resistencias de su hermano, y después de saldar algunos asuntos pendientes, encontramos al peregrino en Monserrat, dispuesto a velar armas a la manera de los caballeros andantes pero para emular las hazañas de los santos. En el capítulo tercero Cervantes cuenta «la graciosa manera en que tuvo don Quijote en armarse caballero».

No ha faltado quien pusiera en conexión la locura caballeresca de S. Ignacio con los ideales quijotesco<sup>19</sup>, empezando por el filósofo Unamuno, uno de los grandes cervantistas, que estableció en su personal exégesis de la obra una correlación entre S. Ignacio de Loyola, caballero andante a lo divino, y don Quijote<sup>20</sup>. El rector de la Universidad de Salamanca elaboró ampliamente en su ensayo (original de 1905) esta equiparación: el fundador de la Compañía de Jesús no solo encarnaría la visión del mundo del *quijotismo* sino que el personaje central del capítulo octavo de la primera parte, don Sancho de Azpeitia, sería un remedo de S. Ignacio de Loyola. Cervantes diseña un duelo entre el Quijote de la Mancha y el Sancho vasco, que arranca de las palabras provocativas

---

<sup>18</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. I, 39.

<sup>19</sup> Cf. G. EIKHOFF, «Christliche Abenteuer. Narrheit und Ritterlichkeit bei Ignatius von Loyola und die Quijote von der Mancha»: *Geist und Leben* 60 (1987) 284-298. Muy escéptico se muestra S. Muñoz frente a este paralelismo (cf. *Lo religioso en el Quijote*, 283).

<sup>20</sup> Cf. *La vida de Don Quijote y Sancho*, 193-198 (segunda salida de D. Quijote); 201-205 (la aventura del vizcaíno, Sancho de Azpeitia); 206-208 (la batalla entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego).

del primero: «Si fueras caballero, pero como no lo eres». Este Sancho de Azpeitia es el único personaje de la obra que trata a don Quijote como el caballero andante que pretende ser y se sitúa en el mismo plano de esa irrealidad novelesca: «¿Yo no caballero? –replicó ofendido el vizcaíno». Y comenta Unamuno: «Y encontráronse frente a frente dos Quijotes. Por esto es tan prolijo Cervantes al narrarnos este suceso»<sup>21</sup>.

Y así se entabló el singular combate o «la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron», según reza el título del capítulo noveno que cuenta la lucha entre el Quijote vizcaíno y el Quijote manchego, la primera historia pintada y narrada en el cartapacio del autor árabe Cide Hamete Benengeli<sup>22</sup>. En este contexto Unamuno evoca al caballero andante vasco, de Azpeitia, Íñigo de Loyola, «el santón jesuítico». Y dice que Sancho de Azpeitia perdió la pelea por culpa de su mula, que no era, por cierto, vizcaína.

No sé hasta dónde se ha de llevar la conexión entre D. Quijote y S. Ignacio, el «caballero y loco» por Cristo, ni si la equiparación del fundador de la orden religiosa con el héroe de las novelas de caballerías estuvo en la mente de Cervantes. Ahora bien, cuando se escribe y publica en 1605 la primera parte del *Quijote* solo había un caballero andante que hubiera llevado el nombre de su patria chica, Azpeitia, por España y por Europa. En cualquier caso, este paralelismo literario pone de manifiesto que el entusiasmo por los libros de caballerías estaba generalizado en la España del siglo XVI. Personas de toda condición los leían con interés o disfrutaban oyéndolos leer; como se desprende de este pasaje de la novela cervantina en el que habla un ventero iletrado:

«Porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas, muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno destes libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas. A lo menos, de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y días»<sup>23</sup>.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, 205.

<sup>22</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 119.

<sup>23</sup> Lib. I, cap. XXXII, 404-405. La bella Dorotea, que dice haber leído algún «libro devoto» (Lib. I, cap. XXVIII, 353), confiesa haber leído «muchos libros de caballerías» (Lib. I, cap. XXIX, 367).

Los libros de caballerías, que ocasionaron la locura de don Quijote y que provocan la novela de Cervantes, son narraciones en prosa que relatan las heroicas aventuras de un caballero andante que vaga por el mundo, luchando contra personas o monstruos, seres normales o mágicos, deambulando por tierras exóticas y fabulosas. El caballero andante goza de una fuerza considerable casi inverosímil y es muy hábil en el uso de las armas, que pone al servicio de la lucha contra el mal, para «favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos»<sup>24</sup>, para «desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas»<sup>25</sup>, siempre movido por un ansia insaciable de gloriosas aventuras. Una de las virtudes del caballero es, junto a su valentía, el sentido de la justicia, a veces exagerado y desquiciado<sup>26</sup>. Todos esos esfuerzos y sacrificios son ofrecidos por él a una dama, para conseguir y acrecentar su amor.

Martín de Riquer escribe al respecto: «La lectura de los libros de caballerías, principalmente el *Amadís de Gaula*, impresionó de tal modo a determinados lectores, que llegaron a creerse que la ficción era la historia verdadera»<sup>27</sup>. De ahí a la locura hay un trecho corto, que es el camino recorrido por don Quijote, que ha llegado a perder el juicio leyendo tales libros. En el famoso capítulo sexto el cura y el barbero, contando con la colaboración de la sobrina y del ama de don Quijote, proceden a expurgar de estos libros la biblioteca del hidalgo en un jocoso ritual que parece una parodia cómica de los procesos de la Inquisición.

La segunda parte de la novela vio la luz en 1615, diez años después de la primera, con el título *El ingenioso caballero D. Quijote de la Mancha*. Entretanto se había producido la publicación, el año anterior, del llamado *Quijote* apócrifo, o de Avellaneda, que, –siguiendo la hipótesis de Martín de Riquer–, habría que denominar «el Quijote de Gerónimo de Passamonte»<sup>28</sup>. Con habilidad y maestría Cervantes prolonga en el

<sup>24</sup> Lib. I, cap. XVIII, 206.

<sup>25</sup> Lib. I, cap. IX, 117.

<sup>26</sup> Así ocurre en el episodio de la liberación de los galeotes (Lib. I, cap. XXII, 257-271).

<sup>27</sup> *Para leer a Cervantes*, Barcelona 2003, 31.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, 389; pp. 473-480. Este estudioso sostiene que el autor pudo ser el aragonés Jerónimo de Pasamonte, compañero de milicia y colega en el oficio de las letras de Cervantes. Es ese Ginés de Passamonte, que aparece como un malhechor en el episodio de la liberación de los galeotes (Lib. I, cap. XXII): el hidalgo y Sancho se encuentran en un camino manchego con unos presidiarios que, condenados a remar en las galeras del rey por sus crímenes, son conducidos encadenados por

segundo volumen de su obra la ficción y la historia a través de conspicuas referencias a la primera parte y a la continuación del apócrifo de Avellaneda. Así, ha puesto en boca de don Quijote una recapitulación de sus andanzas, resaltando el éxito extraordinario que había conseguido entre los lectores:

«Salí de mi patria, empecé mi hacienda, dejé mi regalo y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y ha muchos días que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así, por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas o las más naciones del mundo: treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva ya camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras, o en una sola, digo que yo soy don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura»<sup>29</sup>.

Quedamos así situados ante el tema propio del libro: «Todo él –dejó escrito Cervantes en el prólogo– es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcanzó Cicerón, ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad (...), ni tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano y lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún humano entendimiento».

Esta obra de Cervantes –insiste de nuevo el prólogo– «no mira a más que a deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andéis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la Divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos». Ya al principio del prólogo

---

unos guardianes; el principal criminal, que incluso se jacta de ello, se llama Ginés de Passamonte. Este personaje vuelve a reaparecer en la segunda parte como titiritero (Lib. II, XXV). Aquella presentación desfigurada le habría llevado al aragonés a tomar la pluma para vengarse y burlarse de Cervantes. Con el sobrenombre de Alonso Fernández de Avellaneda, escribe una segunda parte de la historia del *Quijote*, aprovechándose de su fama y de su popularidad. Véase: A. MARTÍN JIMÉNEZ, *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Avellaneda: una imitación recíproca*, Alcalá de Henares 2001.

<sup>29</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XVI, 821.

había ironizado frente a los que así proceden, pues «no dirán sino que son unos santos Tomases y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglón han pintado un enamorado distraído y en otro hacen un sermoncico cristiano».

Y, sin embargo, –retomemos la tesis sostenida por S. Muñoz, pero que matizaremos más adelante–, Cervantes «no cumple lo prometido»<sup>30</sup>, ni en la primera ni en la segunda parte, pues «en el *Quijote* abundan los parlamentos con aires de sermón»; o sea, se comporta a veces como un «predicador» que sí *mezcla lo humano y lo divino*, y recoge muchos consejos de la Sagrada Escritura, y también compone *sermoncicos cristianos*, en los que su «pluma lengua del alma» catequiza y «sabe dar razón de la cristiana fe que profesa, clara y distintamente»<sup>31</sup>.

Pero habría que precisar esta afirmación: todo esto ocurre a expensas de su combate contra los libros de caballerías, un objetivo que Cervantes ha compartido con los pensadores españoles del siglo XVI, moralistas y escritores graves, como observa Martín de Riquer<sup>32</sup>. Escritores de muy distintas tendencias y temperamentos, desde el humanista Luis Vives al teólogo Melchor Cano, desde Arias Montano a fray Luis de Granada, han denostado estos libros que seguían gozando de gran predicamento entre un público que hacía caso omiso de aquellas censuras y advertencias. ¿Qué críticas y acusaciones dirigen contra los libros de caballerías? La primera crítica iba contra sus ociosos y malos autores. La acusación más común era que no relataban acontecimientos históricos, sino mentiras; además, su gusto por el relato de amores pecaminosos podían propagar la inmoralidad y las malas costumbres entre sus lectores; por ello, esos libros deberían ser castigados, prohibidos o quemados.

En el *Quijote* se habla con frecuencia de los libros de caballerías, se discute y se polemiza sobre ellos. Su protagonista, el ingenioso caballero andante, se ha erigido además en el defensor de su verdad, de su valor, de su eficacia y de su actualidad. Pero Cervantes, –y esta es otra forma muy sustantiva de hacerse presente–, coincide con aquellas acusaciones de los moralistas, teólogos y humanistas en estos puntos: a) todo es en ellos «compostura y ficción de ingenios ociosos», como se lee en el capítulo XXXII de la primera parte, que relata un nuevo examen y

---

<sup>30</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 330.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 334.

<sup>32</sup> *Para leer a Cervantes*, 99-113.

escrutinio de los libros de caballerías hallados en la venta<sup>33</sup>; b) los libros de caballerías están mal escritos<sup>34</sup>; c) los libros de caballerías son mentirosos y enemigos de la verdad histórica<sup>35</sup>; d) los libros de caballerías son dañinos para las buenas costumbres.

En otras palabras: Cervantes se hace presente de nuevo y se cuela entre sus personajes para ser el señorial canónigo de Toledo que, a lo largo de los capítulos XLVII-L de la primera parte, rebate y refuta a don Quijote y a los libros de caballerías:

«No por eso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé a entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías»<sup>36</sup>.

---

<sup>33</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XXXII, 408: «Mirad, hermano "tornó a decir el cura", que no hubo en el mundo Felixmarte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos ( ). Porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo ni disparates acontecieron en él».

<sup>34</sup> Lib. I, cap. XLVII, 601: el largo parlamento del canónigo culmina en este juicio: «No he visto ningún libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intención a formar una quimera o un monstruo que a hacer una figura proporcionada. Fuera desto, son en el estilo duros; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivos; en las cortesías, malmirados; largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y, finalmente, ajenos de todo discreto artificio y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana, como a gente inútil».

<sup>35</sup> Don Quijote resume las razones del canónigo: «Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado a querer darme a entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores e inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto a seguir la durísima profesión de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas» (Lib. I, cap. XLIX, 617).

<sup>36</sup> Lib. I, cap. XLIX, 622. El canónigo de Toledo se había presentado en estos términos: «Sé más de libros de caballerías que de las *Súmulas* de Villalpando» (Lib. I, cap. XLVII, 595).

Este pasaje incorpora una palabra clave en la novela, *entendimiento*, que hay que explicar a la luz de la antropología filosófica vigente en España en torno a 1600: el ingenio (capacidad inventiva) y el juicio (facultad de discreción) son los dos componentes del entendimiento humano. El *Quijote* es, como se lee en el prólogo, «un hijo del entendimiento». De este modo, explica C. Morón, «Cervantes opone su libro, hijo del entendimiento, a los libros de caballerías, que son engendro de la fantasía loca». Por eso, «la locura de don Quijote consiste en que se le queda suelto el ingenio –la capacidad de imaginar y de ilusionarse– porque pierde el juicio, o sea, la capacidad de distinguir entre la ilusión y la realidad. Los libros de caballerías son hijos de esa fantasía sin juicio, como el ingenio de don Quijote»<sup>37</sup>.

En este sentido es notable la apreciación que hace el cura acerca del ingenioso hidalgo Alonso Quijano: «Fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento»<sup>38</sup>. En ese capítulo de *otras cosas* hay que situar las reflexiones de tipo religioso, filosófico o moral, en las que don Quijote mostrará muy buenos razonamientos y un entendimiento claro.

Podemos concluir con Martín de Riquer: lo que moralistas y autores graves no consiguieron con sus diatribas, lo consiguió Cervantes con la eficaz arma de la ironía, «mezclando las veras y las burlas, lo dulce a lo provechoso y lo moral a lo faceto, disimulando en el cebo del donaire el anzuelo de reprehensión, y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de caballerías, pues con su buena diligencia mañosamente ha limpiado de su contagiosa dolencia a estos reinos»<sup>39</sup>. Con estas palabras, firmadas el 17 de marzo de 1615, el maestro Josef de Valdivielso daba su aprobación a la segunda parte del *Quijote*. Y, efectivamente, Cervantes pudo saborear el éxito de la primera parte de su novela, tal y como reflejan las palabras del bachiller Sansón Carrasco al comienzo del segundo libro: «Los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran»<sup>40</sup>.

---

<sup>37</sup> *Para entender El Quijote*, 34-35.

<sup>38</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XXX, 390.

<sup>39</sup> *Para leer a Cervantes*, 112-113.

<sup>40</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. III, 711.

### 3. LA EVANGELIZACIÓN POR LA LITERATURA: LA TESIS DE S. MUÑOZ IGLESIAS

En el llamado Siglo de Oro, el factor religioso ofrece una línea de fuerza esencial a la hora de explicar los fenómenos sociales, políticos y culturales. Aunque se trate de un libro de entretenimiento, contiene el *Quijote* innumerables datos de la pugna intelectual y religiosa de aquella centuria en la que comenzaron a fraguarse una identidad católica y una identidad protestante. Ahí se sitúa adecuadamente el debate apasionante sobre la actitud religiosa del gran alcalaíno y padre de la novela moderna, si su cristianismo se aproxima más a Erasmo y al racionalismo del Renacimiento que a Trento. En estos parámetros se sitúa la tesis ya citada de S. Muñoz: «Cervantes se considera un laico comprometido, desde su profesión de escritor profano, en el quehacer evangelizador de la Iglesia católica postridentina». Vamos a precisar y contrastar los resultados de su intensa indagación lingüística a lo largo del amplio capitulario de la obra cervantina.

#### A) TRES NIVELES EN EL DISCURSO RELIGIOSO DEL *QUIJOTE*

Salvador Muñoz distingue y analiza estos tres niveles de discurso religioso en el *Quijote*: una religiosidad *epidérmica*, una religiosidad *medular* y una religiosidad *refleja*<sup>41</sup>. En el primer nivel se manifiesta la religiosidad sociológica y rutinaria de la sociedad española del siglo XVI, tal y como ha cristalizado en los refranes o proverbios con Dios al fondo, del tipo «A Dios rogando y con el mazo dando»<sup>42</sup>, o «El hombre propone y Dios dispone»<sup>43</sup>, o «A quien Dios quiere bien, la casa le sabe»<sup>44</sup>. Este estrato también se puede rastrear en el uso de la Sagrada Escritura, así como en la presentación de los eclesiásticos y en la utilización de latines.

<sup>41</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 26.

<sup>42</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LXXI, 1316.

<sup>43</sup> Lib. II, cap. LV, 1181: «Pero el hombre pone y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien a cada uno, y cual el tiempo, tal el tiempo, y nadie diga "desta agua no beberé", que adonde se piensa que hay tocinos, no hay estacas; y Dios me entiende, y basta, y no digo más, aunque pudiera».

<sup>44</sup> Lib. II, cap. XLIII, 1066-1067. Sobre el uso de refranes religiosos, cf. A. VILLAR, «Expresividad cristiana y cristianos expresivos en el *Quijote*», en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 241-262.

No nos vamos a detener en este nivel minuciosamente analizado por S. Muñoz. Solo indicaremos dos apuntes.

Recordemos, por un lado, una de sus conclusiones tras el examen de las más de 80 referencias bíblicas del *Quijote*<sup>45</sup>: la presencia de pasajes tomados de los llamados libros deuterocanónicos (Eclesiástico, Sabiduría, Carta de Santiago) no admitidos por los protestantes excluye cualquier sospecha de influencias luteranas; como botón de muestra está la sentencia de don Quijote, «el agradecimiento que solo consiste en deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras»<sup>46</sup>, donde resuena el pasaje de la carta de Santiago más representativo en la controversia entre católicos y protestantes acerca del valor de la fe y de las obras: «La fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (2, 17.26).

Por otro lado, es muy significativo que el autor del *Quijote* hace intervenir a muchos personajes eclesiásticos en sus episodios y que siempre lo hace con veneración y respeto, aunque no falte un deje de ironía<sup>47</sup>. De manera eminente vale esto para el señor licenciado Pero Pérez, el cura párroco del lugar<sup>48</sup>, «hombre docto, graduado en Sigüenza»<sup>49</sup>, es decir, una vieja universidad en fase de decadencia frente a las más pujantes de Alcalá y Salamanca. Más allá de la mención de las figuras concretas de canónigos, clérigos o frailes, sirva como botón de muestra el juego literario establecido en torno a la posibilidad de que don Quijote, por sus atrevidas y cristianas hazañas, llegue a ser arzobispo en vez de emperador. Es algo que incomoda y rechaza Sancho, que, llevado de su simpleza y ambición, se lamentaba: «Yo he mirado bien en ello y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme ahora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo como tengo mujer e hijos, sería nunca acabar»<sup>50</sup>. Se muestra aquí de manera ejemplar la interesada *quijotización* del escudero, y, como observa bien el cura, «cuán encajados tenía en la fantasía los mismos disparates que su amo»<sup>51</sup>. No

<sup>45</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 67.

<sup>46</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. L, 626.

<sup>47</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 69.

<sup>48</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. V, 80.

<sup>49</sup> Lib. I, cap. I, 41; cf. *Lo religioso en El Quijote*, 76-80.

<sup>50</sup> Lib. I, cap. XXIX, 368.

<sup>51</sup> Lib. I, cap. XXIX, 369.

obstante, tanto el barbero y como el cura se avienen a interceder ante el hidalgo «para que sea emperador y no arzobispo»<sup>52</sup>.

El segundo nivel o *religiosidad medular* corresponde a la profesión explícita de *contenidos religiosos*, más allá de las fórmulas sociológicas estereotipadas, que muestran cómo nuestro escritor se maneja con soltura y habilidad, dando pruebas de un conocimiento notable en varios temas religiosos. Aunque hay que notar de entrada que «la fuente de sus teologías no son los libros, sino la predicación de la Iglesia»<sup>53</sup>. El lenguaje cervantino hace atinadas observaciones sobre las propiedades o atributos de Dios: sabiduría, creador omnipotente, providencia<sup>54</sup>, justicia y misericordia. Otros temas religiosos son la naturaleza angélica del diablo, los novísimos (muerte, juicio, infierno, gloria<sup>55</sup>) y el purgatorio<sup>56</sup>. De los siete sacramentos aparecen con especial énfasis alusiones

---

<sup>52</sup> Lib. I, cap. XXVI, 325-326: «No tengáis pena, Sancho amigo "dijo el barbero", que aquí rogaremos a vuestro amo, y se lo aconsejaremos y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil, a causa de que él es más valiente que estudiante».

<sup>53</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 144. Sobre este punto, cf. M. D. ESTEVA DE LLORET, «El cristianismo interiorizado de Cervantes a la luz de la Sagrada Escritura, la predicación y los catecismos de la época», en *Cervantes y las religiones*, 138-141.

<sup>54</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LXVI, 1275-1276: «Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura».

<sup>55</sup> Lib. II, cap. VI, 738: «Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la caballería andante, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en la vida, y no en la vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin».

<sup>56</sup> Lib. II, cap. VIII, 755: «Los gentiles sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, o están en el purgatorio, o en el cielo». El pasaje más elocuente sería el diálogo entre don Quijote y Sancho: «Don Quijote soy, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades a los vivos y a los muertos. Por eso dime quién eres, que me tienes atónito: porque si eres mi escudero Sancho Panza y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes a sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare; por eso acaba de declararte y dime quién eres» (Lib. II, LV, 1180).

al bautismo<sup>57</sup> y al matrimonio canónico, «en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia Católica Romana»<sup>58</sup>. A ello se han de añadir las reflexiones sobre el culto a los santos y a sus reliquias<sup>59</sup>, ratificado por el Concilio de Trento, así como las prácticas piadosas de ayunos y abstinencias, misa, plegarias, bendiciones y señal de la cruz.

Un capítulo especial merecen los asuntos morales, uno de los temas más estudiados en la novela, desde el mismo dictamen emitido por el censor Gutierre de Cetina sobre la segunda parte del *Quijote*: «libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral»<sup>60</sup>. Efectivamente, en sus páginas se habla mucho de las virtudes y de los vicios<sup>61</sup>, dejando asomar un trasfondo y un entramado de moral evangélica y de ética filosófica. Destacan en este sentido los consejos que don Quijote dio a Sancho antes de ser gobernador de la ínsula Barataria<sup>62</sup>.

---

<sup>57</sup> La escena del cautivo y de la mora Zoraida es muy elocuente: «Mora es en el traje y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande cristiana, pues tiene grandísimos deseos de serlo». –Luego ¿no es bautizada? –replicó Luscinda. –No ha habido lugar para ello después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase a baptizalla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice» (Lib. I, cap. XXXVII, 482).

<sup>58</sup> Lib. II, cap. XLVII, 1102; Lib. II, cap. XLVIII, 1112. La novela *El curioso impertinente* (cf. Lib. I, cap. XXXIII, 411-432) recrea el origen divino de la institución matrimonial. Véase: *Lo religioso en el Quijote*, 182-190.

<sup>59</sup> Lib. II, cap. VIII, 756: «Esta fama, estas gracias, estas prerrogativas ( ) tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos, o sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oraciones y sus más preciados altares».

<sup>60</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 255-283 (con bibliografía en nota 1). S. Muñoz refuta la interpretación que de la moral del *Quijote* hiciera A. Castro (cf. *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, 291-336).

<sup>61</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. VIII, 754: «Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros».

<sup>62</sup> Véase Lib. II, cap. XLII-XLIII, 1056-1069.

Resulta emblemático el discurso del hidalgo manchego a los del pueblo del rebuzno sobre la venganza. Para disuadirles de ello enumeró las razones que permiten el recurso a las armas: defensa de la fe católica, defensa de la propia vida; defensa de la honra, de la familia y de la hacienda; servicio al rey en la guerra justa; defensa de la patria. Eran las razones que esgrimía la teología moral de la época. Ahora bien, la venganza «va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen», un argumento que remite al ejemplo de Jesucristo:

«Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuestras mercedes están obligados por leyes divinas y humanas a sosegarse»<sup>63</sup>.

En este contexto, tras esta elocuente y juiciosa plática, percibe Sancho el talento de su amo como «teólogo». Pero conviene observar que Cervantes, ni en el caso de los temas religiosos ni en las cuestiones morales, procede a un tratamiento exhaustivo que diera lugar a digresiones amplias. Eso sí, se muestra como un buen conocedor de la doctrina y moral católica; y lo que es más notable: allí donde se mencionan puntos de controversia entre católicos y protestantes, –como el culto a los santos, el purgatorio–, no se detecta el más leve tono de polémica.

Además, como ya hemos visto, las escenas a veces se rubrican con formas confesionales de gran sonoridad: si Sancho dice creer «firme y verdaderamente en Dios y todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia católica romana», don Quijote, poco después sin salir del mismo capítulo, le dice al escudero: «Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos»<sup>64</sup>.

Finalmente, el estrato más profundo corresponde a la religiosidad *refleja* de Cervantes: aquí Salvador Muñoz nos descubre la interioridad del escritor como «un creyente fervoroso y sincero, católico de convicción y nada polémico, que se siente impelido a dar testimonio de su fe a través de su obra literaria»<sup>65</sup>. Desde este resultado refutó la tesis de Américo Castro y Marcel Bataillon (Cervantes como erasmista) y revisó las

<sup>63</sup> Lib. II, cap. XXVII, 939-940.

<sup>64</sup> Lib. II, cap. VIII, 751.754, respectivamente.

<sup>65</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 26.

posturas de Helmut Hatzfeld y Paul Descouzis (Cervantes como teólogo moral y propagandista de los decretos de Trento). Vamos a recordar, brevemente, los aspectos fundamentales de este debate, una controversia que constituye en sí misma un interesante capítulo del cervantismo<sup>66</sup>, que nos sitúa ante la tarea de la aproximación histórica al hombre Cervantes y a sus circunstancias.

#### B) LA RECEPCIÓN DEL *QUIJOTE*: ERASMISMO, INQUISICIÓN, TRENTO

Libros como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* han dejado tras de sí una agitada historia de la recepción, condicionada muchas veces por las modas intelectuales: las disquisiciones sobre la religiosidad de Cervantes van desde adscribirlo al erasmismo crítico hasta erigirlo en defensor de la pura ortodoxia del catolicismo de la Contrarreforma<sup>67</sup>. Recordemos este camino que recubre más de cien años de investigación.

Fue M. Menéndez Pelayo quien sugirió, en 1905, que la filiación de Cervantes había que buscarla en la influencia latente y viva del erasmismo ambiental<sup>68</sup>. Por su parte, el filósofo J. Ortega y Gasset, con sus *Meditaciones del Quijote*, de 1914, contribuyó a situar a Cervantes en las filas del racionalismo renacentista, viendo en el libro el claro ejemplo de la modernidad racional opuesta a la actitud religiosa de la Edad Media. Desde estos presupuestos escribió Américo Castro *El pensamiento de Cervantes*, en 1925, y fue el primer estudioso que intentó analizar el influjo erasmista en la obra cervantina, para acabar pintando el retrato de un Cervantes «hipócrita», cuyas declaraciones fervientes de ortodoxia, como las que ya hemos escuchado un poco más arriba, no serían sino fórmulas engañosas para encubrir su verdadero pensamiento, que es el de un librepensador, racionalista y enemigo de la ortodoxia contra-reformista<sup>69</sup>. Poco después, en 1937, M. Bataillon, aunque aceptara la

<sup>66</sup> Puede verse: C. MORÓN, *Para entender el Quijote*, 295-340; M. DE RIQUER, *Para leer a Cervantes*, 257-272, así como las secciones «Cervantes y el catolicismo», y «Cervantes, el erasmismo y el protestantismo» en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 119-262; 263-326.

<sup>67</sup> M. DELGADO, «Don Quijote - für Theologen»: *Stimmen der Zeit* 223 (2005) 219-232.

<sup>68</sup> *Lo religioso en el Quijote*, 287-295: Capítulo decimotercero: «El erasmismo de Cervantes».

<sup>69</sup> Cf. A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, 223-289.

tesis del «erasmismo diluido» en el pensamiento humanista de Cervantes<sup>70</sup>, dejó inermes los argumentos de Castro señalando que Cervantes era un erasmista «ortodoxo», corrigiendo así aquella imagen del escritor en oposición a la Contrarreforma española, del racionalista incrédulo que niega la fe cristiana y que oculta su secreto pensamiento. Por lo demás, es más que dudoso que Cervantes haya leído al humanista holandés.

En realidad, Castro había establecido la filiación erasmiana del escritor alcalaíno sobre dos argumentos muy endebles: el primero es el influjo erasmista en Cervantes a través de Juan López de Hoyos, de quien fue discípulo predilecto entre 1567-1568; pero ni siquiera está probado el erasmismo del maestro. En segundo lugar, aducía la simpatía que el autor del *Quijote* muestra hacia el libro *Luz del alma* de Felipe de Meneses, a quien Castro convierte en un ferviente erasmista. Este argumento nos sitúa en los capítulos de la segunda parte de la novela que transcurren en Barcelona: don Quijote entra en una imprenta y presencia la escena de un oficial corrigiendo un pliego de un libro titulado *Luz del alma*, y exclama: «Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados»<sup>71</sup>. En este contexto es significativa la alusión llena de desdén hacia el llamado *Quijote* apócrifo, la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal Alonso Fernández de Avellaneda: «Pensé –escribe Cervantes– que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente»<sup>72</sup>.

Pero volvamos a *Luz del alma*. Se trata posiblemente del catecismo redactado por el dominico Felipe de Meneses, publicado en Valladolid en 1554, y cuya lectura Cervantes pudiera haber oído de niño, o bien, sencillamente el título designa un género de libros de piedad. Catecismos, como el de Carranza y el de Meneses, entre otros, fueron escritos para ser leídos y explicados en la misa dominical, como síntesis de

<sup>70</sup> *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, 1966 (original de 1937).

<sup>71</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LXII, 1251. Cf. C. MORÓN, *Para entender El Quijote*, 198-199; *Lo religioso en El Quijote*, 226-227. Cf. A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*, 501-529. Sobre el catecismo de Meneses, cf. M. D. ESTEVA DE LLORET, «El cristianismo interiorizado de Cervantes a la luz de la Sagrada Escritura, la predicción y los catecismos de la época», en *Cervantes y las religiones*, 149-154.

<sup>72</sup> Lib. II, cap. LXII, 1251.

la labor pastoral nacida de la obra reformista de Trento. En cualquier caso, el libro de Meneses es un catecismo sencillo pero muy lejano del erasmismo.

Así las cosas, poco queda del «erasmismo diluido» del que habló Baillon. Más recientemente, Ciriaco Morón, que ha tratado de determinar en qué consiste el sistema erasmista, ha llegado a esta conclusión más contundente: «Hasta el momento nadie ha dado una prueba seria del erasmismo de Cervantes, y el estudio sistemático de los dos autores demuestra su falta de conexión mutua»<sup>73</sup>. Cervantes no participa del espíritu anti-escolástico de Erasmo; cuando utiliza conceptos filosóficos y teológicos repite las ideas y términos escolásticos que había adquirido en los sermones y en los libros de piedad como el *Libro de los estados* de Francisco de Osuna, el *Luz del alma cristiana* de Felipe de Meneses y la *Guía de pecadores* de Fray Luis de Granada<sup>74</sup>.

Ya hemos indicado que Castro explica la presencia de profesiones de fe en el *Quijote* como el ejercicio de la «hipocresía» de Cervantes por miedo a la Inquisición, «temiendo no llegase a los oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe»<sup>75</sup>. El análisis de S. Muñoz concluía que Cervantes, por lo que escribe en el *Quijote* y en el resto de sus obras, no tuvo relaciones tirantes con la Inquisición. Ahora bien, de cierto alcance teológico fue la censura y la supresión de una frase tal y como se contiene en el índice expurgatorio del cardenal Zapata (1632): «Bórrese *Las obras de caridad que se hacen tibia y floxamente no tienen mérito ni valen nada*»<sup>76</sup>. Con anterioridad al Índice de Zapata, la frase, que son unas palabras dirigidas por la duquesa a Sancho, había sido suprimida en la edición de Valencia (1616). Cabe conjeturar, así S. Muñoz, que la supresión de esta frase tiene que ver con la tesis luterana que negaba el valor meritório de las buenas obras en general. En aquel momento la frase resultaba peligrosa, pues disminuyendo el mérito, podía inducir a no practicar las obras buenas. Ahora bien, yendo más al fondo de la cuestión, aquellas

---

<sup>73</sup> Cf. C. MORÓN, *Para entender El Quijote*, 313-314. En esta misma línea, J. M. VILLANUEVA, «¿Erasmismo o teología española del siglo XVI?», en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 301-324.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 310 (nota 13).

<sup>75</sup> Lib II, cap. LXII, 1247. Cf. *Lo religioso en El Quijote*, 297-306: Capítulo decimocuarto: «Cervantes y la Inquisición». Cf. A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, 493-499.

<sup>76</sup> Lib. II, cap. XXXVI, 1016. Cf. *Lo religioso en El Quijote*, 303.

palabras son el reflejo de una compleja controversia teológica de la época concerniente a la interpretación del pensamiento de Santo Tomás. El dominico Báñez sostenía (frente a jesuitas como Molina) que una obra buena del hombre justo solo era meritoria si esa obra de caridad era más intensa que el hábito de caridad del que procedía.

Finalmente, vamos al capítulo de Trento, que nos sitúa en el extremo opuesto, ocupado por quienes hacen de la novela cervantina un intento de ilustrar y propagar las enseñanzas del Concilio<sup>77</sup>. Ya en 1927, H. Hatzfeld sostuvo en su estudio *El Quijote como obra de arte del lenguaje*, que la novela es un espejo del espíritu de la Contrarreforma. Por su parte, P. Descouzis en su libro *Cervantes a nueva luz*, de 1966, defendía este punto de vista: el autor del *Quijote* se habría propuesto ser un divulgador «en lenguaje rústico», pero reflejo, de las enseñanzas de Trento<sup>78</sup>. A su juicio, la novela tiene una intención catequética soterrada y Cervantes queda convertido en un teólogo moral y propagandista de los decretos tridentinos que cree descubrir en otros tantos episodios de la historia del ingenioso caballero, donde las referencias más claras corresponderían a la inmoralidad y gravedad del duelo, y a la invocación, veneración y reliquias de los santos y de sus imágenes.

La objeción de Muñoz frente a las conclusiones de Descouzis es de este tenor: para atribuir a Cervantes «intenciones reflejas de catequista» habría que descubrir en la novela más referencias a lo que podría considerarse propio de Trento. Sin embargo, aunque rechaza esta interpretación, aprueba y suscribe este punto de vista: el autor del *Quijote* «se sitúa en la más pura línea de la ortodoxa católica postridentina». Y, seguidamente, apostilla:

«Aunque sin matiz polémico, se sostienen por el autor de *El Quijote* las principales tesis católicas negadas por los protestantes y reafirmadas por Trento: necesidad de las buenas obras para salvarse; carácter sacramental del matrimonio, Extremaunción y Orden sacerdotal; necesidad y valor de la confesión; licitud y conveniencia del culto a los Santos y a sus reliquias e imágenes; existencia del purgatorio y utilidad de los sufragios; realidad del libre albedrío y consiguientemente del mérito en las acciones humanas;

<sup>77</sup> *Lo religioso en el Quijote*, 307-317: capítulo decimoquinto: «El Quijote y Trento».

<sup>78</sup> *Cervantes a nueva luz. I. El Quijote y el Concilio de Trento*, Frankfurt/Main 1966.

reconocimiento de la jerarquía y magisterio en la Iglesia; aceptación del primado del Romano Pontífice»<sup>79</sup>.

Es cierto que los análisis de Muñoz, de naturaleza eminentemente lingüística, prueban la profundidad de las convicciones religiosas de Cervantes, la convivencia del mensaje evangélico y el fervor de la religiosidad popular, que son el reflejo del *humus* religioso de una época. Ahora bien, su debilidad es la misma que él detectó en la interpretación de P. Descouzis: para atribuir a Cervantes «intenciones reflejas de predicador» habría que descubrir en la novela más referencias a lo que podría considerarse propio de Trento. A lo largo de nuestra exposición hemos recogido y citado los pasajes más significativos. No son tantos, como para hacer de la novela, un púlpito<sup>80</sup>.

#### C) RECAPITULACIÓN: EL CATOLICISMO DE TRENTO COMO *SITZ-IM-LEBEN* DEL *QUIJOTE*

Hemos visto oscilar la valoración de la religiosidad cervantina entre la Escala del cripto-erasmismo y la Caribdis de su inspiración contra-reformista. Si se atiende a los dictámenes de los censores de la segunda parte de la novela cervantina quedan desaconsejados ambos extremos. La dificultad fundamental para hacer de Cervantes un erasmista es que sus contemporáneos nada saben de ello; parece ser una invención de los intelectuales hispanos del siglo XIX y XX. Ahora bien, declarar agotada la cantera erasmista no significa hacer de Cervantes un pacato partidario de la Contrarreforma; sin olvidar que estuvo en contacto con las corrientes literarias del Renacimiento. Los censores tampoco esperan de Cervantes que se manifieste como un catequista o un predicador, sino

<sup>79</sup> *Lo religioso en El Quijote*, 316.

<sup>80</sup> Las prédicas de D. Quijote: discurso sobre la paz, las armas y las letras (I, XXXVII), la guerra justa y el amor al prójimo (II, XXVII), la providencia divina (I, XVIII), los pecados capitales y las virtudes (II, LVIII), sobre la mujer honrada (II, XXII), sobre las artes de adivinación (II, XXV); sobre los presagios (II, LVIII); sobre el agradecimiento (II, LVIII); las instrucciones a Sancho (II, XLII) y a Roque Guinart (II, LX). Las prédicas de Sancho: sobre el puro amor (I, XXXI); sobre la muerte (II, XX). Hay que añadir las conversaciones entre ambos sobre la santidad y el culto a los santos, las reliquias (II, VIII y II, LVIII).

como «el autor de libros» capaz de llevar hasta el fin «su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de caballerías».

En 2005, M. A. Garrido Gallardo se hizo eco del estudio de S. Muñoz y volvió a resaltar la relación entre el texto del *Quijote* y la doctrina de Trento bajo este prisma: «El contenido y composición de los pasajes del *Quijote* directamente ligados al meollo del compromiso doctrinal del concilio de Trento, justificación, matrimonio y vida consagrada, responden punto por punto a su catecismo»<sup>81</sup>. En sus reflexiones ha hecho intervenir los criterios que utiliza la hermenéutica literaria en el acto de lectura, a saber, la *intentio auctoris*, la *intentio lectoris*, y la *intentio operis*, un entrecruzamiento que da lugar a una batalla de intereses que es preciso dilucidar, de modo que no se llegue a leer una obra distinta del original. Puede primar la intención del lector, como en el caso extremo de Unamuno, que convirtió el *Quijote* en una ocasión para desplegar su propia filosofía. Ahondando en esta problemática, C. Morón en su estudio ya citado, *Para entender el Quijote*, ha querido establecer qué lecturas permite y cuáles prohíbe la literalidad del texto.

Morón sostiene que no hay rasgos en el *Quijote* que acrediten mínimamente una *intentio operis* protestante, erasmista o crítica con la Iglesia. En este punto coincide sustancialmente con la tesis de Muñoz, cuya lectura del *Quijote* sobrepuja frente a Castro-Bataillon una *intentio auctoris*: Cervantes como partícipe en la obra catequizadora de la Contrarreforma española. Ya he indicado mis reservas frente a esta lectura que deja muy en la penumbra la *intentio auctoris* más radical: redactar un libro de entretenimiento que sirva de diatriba para los libros de caballerías. Por su parte, Morón ha puesto cierta sordina y atempera –a mi modo de ver con razón– ese tipo de interpretaciones a lo Descouzis-Muñoz cuando afirma: «El catolicismo, como dogma y ética, es el trasfondo ideológico de la obra de Cervantes, pero no es su tema. Por tanto, no tiene sentido convertirlo en un epígono de la teología tridentina»<sup>82</sup>.

S. Muñoz había sustentado su lectura sobre esta base: Cervantes, en contra de lo que afirma en el prólogo, procede a «mezclar lo humano y lo divino». Sin embargo, esta apreciación es discutible desde dentro y desde fuera de la novela. Desde dentro: ya hemos enumerado las cuestiones teológicas tocadas en el *Quijote*, pero Cervantes se cuida muy mucho de

<sup>81</sup> Cf. M. A. GARRIDO GALLARDO, «El texto del *Quijote* y el catecismo de Trento», en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 157-173; en especial, 165-172.

<sup>82</sup> *Para entender El Quijote*, 300.

enfrascarse en digresiones prolijas y graves para las que se sabe poco preparado; el indicio más claro se encuentra en el discurso sobre las armas y las letras, donde se detiene a considerar «las letras humanas», a saber, la política y el derecho, excluyendo expresamente «las letras divinas», esto es, la teología<sup>83</sup>. Ahora bien, entre los consejos que le dio a Cervantes su amigo y que recoge el prólogo de la obra se explica también que si hay que tratar del amor que Dios manda se tenga al prójimo es menester acudir a la Biblia (Prólogo, 15).

Es, no obstante, desde fuera del corpus cervantino, por vía de comparación, la mejor manera de aquilatar el significado de esa prevención formal de no mezclar lo humano y lo divino. Cervantes escribe obras de entretenimiento, de modo que cuando afirma que no quiere mezclar lo humano y lo divino tiene en mente otras obras literarias de gran éxito a lo largo del siglo XVII, que sí lo hacen, como *El peregrino en su patria*, de Lope de Vega, o el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Centrémonos en este último, que vio la luz en 1604, y que Cervantes conoce bien. Se ha dicho que la historia narrada en el *Quijote* es una «respuesta literaria» al *Guzmán de Alfarache*. Así lo sugiere J. V. Ricapito<sup>84</sup>, que ha hecho un análisis comparativo de la presencia del principio religioso en el *Guzmán* y en el *Quijote*: el primero está sobrecargado de religiosidad, incorporando al relato de la vida y a las aventuras del pícaro por antonomasia digresiones de carácter religioso que sancionan estética, teológica y apologeticamente el cristianismo de la Contrarreforma. Con tales armas se defiende y autopreserva su autor, ese judío converso que fue Mateo Alemán. Su concepción de la novela es muy diferente a la de Cervantes en lo que respecta al tratamiento de los asuntos religiosos. Ello se debe al planteamiento de fondo: el pícaro protagonista cuenta su vida desde la perspectiva del error de su vida; para ello, siguiendo el modelo de *La conversión de la Magdalena* de Fray Pedro de Echaide, esboza por medio de sermones, fábulas y disquisiciones una especie de

---

<sup>83</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XXXVII, 485: «Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que a un fin tan sin fin como éste ninguno otro se le puede igualar: hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo) entender y hacer que las buenas leyes se guarden».

<sup>84</sup> «Cervantes y las religiones en *Don Quijote*», en R. FINE-S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 691-703.

apología de un judeo-converso enfrentado con el dilema socioreligioso de la España del siglo XVII.

Es cierto que Cervantes toca puntos religiosos y teológicos, al igual que Alemán, pero evita largas digresiones y arengas religiosas que pudieran entorpecer la marcha de la novela<sup>85</sup>. Esta comparación entre *Guzmán* y *Quijote* resulta altamente elocuente a la hora de conjugar lo humano y lo divino. Son dos formas literarias muy distintas de abordar el elemento religioso de la época de la Contrarreforma, en medio de una intensa preocupación de la ortodoxia frente a conversos y moriscos. Dejemos señalada una cuestión de índole estética sobre la que enseguida hemos de volver: ¿cuál es el sustrato teológico del *Quijote*? Dicho de otra manera: ¿qué papel asigna Cervantes, como artista y no como creyente, a lo religioso en su novela?

Para concluir dejemos constancia de este resultado: la situación religiosa derivada de la reforma católica impulsada por el Concilio de Trento constituye el *Sitz-im-Leben* de la obra literaria cervantina. Cervantes no es un racionalista del Renacimiento ni un adicto de la causa judeo-conversa; su pensamiento está en sintonía con el catolicismo tridentino hispano. Esta afirmación puede ser compulsada y rastreada en la vivencia religiosa del gran alcalaíno, que transcurre en un ambiente poco acogedor para otras religiones.

#### 4. APROXIMACIÓN BIOGRÁFICA: EL HOMBRE Y SUS CIRCUNSTANCIAS, VIDA Y LITERATURA

Cervantes era un hombre maduro, de cincuenta y siete años de edad, en 1605, cuando vio la luz el primer *Quijote*. Demasiado vetusto para ser

---

<sup>85</sup> Lo que en el *Quijote* son meras afirmaciones de fe, del tipo «lo que la Santa Iglesia católica romana cree y tiene», en la última obra cervantina, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, publicada en 1617, adquiere la forma de credos desarrollados: «Creo en la Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que, aunque es Dios el Padre, y es Dios el Hijo, y es Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero; finalmente, creo todo lo que tiene y cree la Santa Iglesia Católica Romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorrey de Dios en la tierra, sucesor legítimo de San Pedro, su primer pastor después de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia» (Cf. *Lo religioso en El Quijote*, 321-322).

escritor de moda, como lo era don Quijote a sus cincuenta años para embarcarse en la resucitación de la caballería andante. En sus páginas y en sus ficciones vienen a confluír las experiencias biográficas, intelectuales y literarias de su autor; aunque él mismo se oculte detrás de la máscara del narrador imaginario Cide Hamete Benengeli. En todo caso, «a quien sabe leer entre líneas –escribe J. Canavaggio– el *Quijote* se le aparece impregnado del sentir del que lo compuso»<sup>86</sup>. Sin pretender redactar una semblanza biográfica, vamos a establecer un puente entre esas dos orillas, la vida y la literatura, que pueden ayudar a destilar algunas de las convicciones religiosas del escritor.

Poco conocemos de la infancia y adolescencia del literato nacido en 1547 en Alcalá de Henares, hijo de un modesto cirujano. Resulta bastante discutida la hipótesis sobre la supuesta ascendencia conversa de Cervantes, a saber, que corriera por sus venas sangre de ancestros judíos, tal y como fuera divulgada por Américo Castro. Los archivos guardan al respecto un pudoroso silencio que apenas permite llegar a una conclusión científicamente válida, si bien las sospechosas lagunas en su biografía resultan sintomáticas para no suponer que había en sus antepasados sangre judía. Carlos Alvar afirma que era poco y superficial lo que el autor del *Quijote* sabía de los judíos, o sea, lo que estaba al alcance de un español medianamente culto. Y afirma: «Cervantes era muy posiblemente de origen converso, lo que no es igual a decir que fuera converso, ni mucho menos criptojudío. Tras dos o tres generaciones, o más, no le quedaba más cultura judía que a cualquiera de sus contemporáneos, también ellos en gran parte de origen converso»<sup>87</sup>.

Sabido es que grandes personajes de la cultura hispana, como Santa Teresa de Jesús, Francisco de Vitoria, Arias Montano, o Juan de Ávila, eran descendientes de judíos. A la postre, «cada uno es hijo de sus obras»<sup>88</sup>. En cualquier caso, Cervantes denuncia lo anticristiano de la

<sup>86</sup> Cf. J. CANAVAGGIO, «Vida y literatura: Cervantes en el Quijote» (XLV-LXXII), y de A. CLOSE, «Cervantes: pensamiento, personalidad, cultura» (LXXIII-XCIV). Cf. MARTÍN DE RIQUER, *Para leer a Cervantes*, 35-98.

<sup>87</sup> C. ALVAR, «Cervantes y los judíos» en R. FINE - S. LÓPEZ NAVIA (eds.), *Cervantes y las religiones*, 29-54; aquí: 49-50. Para F. Márquez Villanueva, la ascendencia judía de Cervantes es «incuestionable»; pero A. Close y Martín de Riquer la ponen en entredicho y el máximo biógrafo, Canavaggio, considera que «no está documentada», y que en cualquier caso es irrelevante para el estudio de su obra. Cf. D. EISENBERG, «La actitud de Cervantes ante sus antepasados judaicos», en *Cervantes y las religiones*, 55-74.

<sup>88</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IV, 70; Lib. I, cap. XLVII, 598.

limpieza o pureza de sangre, de las discriminaciones sociales o de raza. Algo así se desprende de ese famoso coloquio que Sancho inicia con esta afirmación: «Yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta». «Y aun te sobra –replicó don Quijote–, y cuando no lo fueras, no haría nada al caso»<sup>89</sup>. Y de modo más general: «No es un hombre más que otro, si no hace más que otro»<sup>90</sup>.

Poco se sabe de los primeros estudios de Cervantes. A diferencia de los grandes literatos del Siglo de Oro, –Góngora, Lope, Quevedo–, formados en las facultades de artes, él no ha pisado las aulas universitarias, de modo que el prólogo del *Quijote* sugiere esta inferioridad frente a aquellos consumados latinistas<sup>91</sup>. Debió cursar las primeras letras en Valladolid, prosiguiendo estudios en Córdoba y Sevilla, donde residió hasta 1565. Martín de Riquer sospecha que el futuro escritor, en alguna de esas tres ciudades, ha pasado por un colegio de la Compañía de Jesús, tal y como se desprende de ese pasaje de una de sus «Novelas ejemplares», *El coloquio de los perros*, en el que elogia el método de educación jesuítica<sup>92</sup>. Existen indicios para afirmar que la obra cervantina denota una buena instrucción religiosa, apoyada en la catequesis y la predicación tal como eran usuales a partir de algunos catecismos de la época que se leían y explicaban a los fieles (*Luz del alma* de Felipe de Meneses, de 1554, el *Catecismo Christiano* de Bartolomé Carranza, de 1559).

En 1566 la familia Cervantes estaba establecida en Madrid, donde Miguel completó estudios en el estudio de la Villa regido por el culto

<sup>89</sup> Lib. I, cap. XXI, 255; cap. XLVII, 598; Lib. II, cap. III, 710. Sancho Panza también se proclama «enemigo mortal de los judíos» (Lib. II, cap. VIII, 751).

<sup>90</sup> Lib. I, XVIII, 214.

<sup>91</sup> Prólogo, 15-16: «No hay más sino hacer de manera que venga a pelo algunas sentencias o latines que vos sepáis de memoria. ( ) Y con estos latinicos y otros tales os tendrán siquiera por gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy». Cf. *Lo religioso en El Quijote*, 126.

<sup>92</sup> «No sé qué tiene la virtud que, con alcanzármese a mí tan poco o nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud porque no se torciesen no tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo les reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y finalmente cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para el que fueron criados» (Cf. MIGUEL DE CERVANTES, *Novelas ejemplares*, II, Madrid 1980, 316).

sacerdote Juan López de Hoyos y dio las primeras muestras de su vocación literaria. Como señala A. Close, la formación de Cervantes correspondería a una educación de nivel preuniversitario, a la cual se vino a añadir un autodidactismo que le permitió adquirir un profundo conocimiento de la literatura española e italiana, dando muestras de un deslumbrante poder de asimilación y síntesis. A lo largo de su vida leyó mucho, aunque fueran «los papeles rotos de las calles»<sup>93</sup>.

Antes de salir precipitadamente para Italia en 1569, perseguido por la justicia, aquel joven poeta que admiraba a Garcilaso había leído muchas novelas que luego cita en sus obras: desde el ciclo de los *Amadises* hasta la novela caballeresca *Tirante el Blanco*. No está claro lo que estudió, pero mucho tuvo que aprender en sus años italianos y a lo largo de una vida complicada y poco feliz. En 1571 encontramos en la batalla de Lepanto a un Cervantes de veinticuatro años, que se había alistado en la armada que mandaba Juan de Austria en defensa de la fe católica frente al Islam. Aquella batalla, escribe en el prólogo a la segunda parte del *Quijote*, fue «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

En el viaje de regreso fue apresado por los corsarios y hubo de padecer un largo cautiverio de cinco años (1575-1580). La misma historia del capitán cautivo de la primera parte del *Quijote* parece reflejar sus experiencias personales en los *baños* (=cárceles) de Argel<sup>94</sup>. Por un lado, las experiencias del Cautivo condensan un patriotismo confesional y una negación del Islam a favor del cristianismo; por otro, dan pábulo a un tema recurrente en la obra cervantina: el amo y ama musulmanes enamorados respectivamente de cautiva y cautivo cristianos<sup>95</sup>. En la oscuridad de la mazmorra dedica versos a la gloria de Dios, a la Virgen y al Santísimo Sacramento. De aquellos años esclavos brotaron deseos infinitos de libertad, al tiempo que el cincel del dolor y de la prueba ha hecho madurar una personalidad que gusta relacionar intrínsecamente la libertad con la dignidad de la vida humana:

«La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como

<sup>93</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. IX, 118.

<sup>94</sup> Cf. Lib. I, cap. XXXIX-XLI.

<sup>95</sup> Cf. F. ROMO FEITO, «La “victoria en la derrota” y la diferencia religiosa en Cervantes», en *Cervantes y las religiones*, 705-724; aquí: 706.

por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres»<sup>96</sup>.

En 1580, recuperada la preciada libertad, Cervantes se encuentra de nuevo en su patria. Había que sobrevivir y rehacer la vida; después de tantos años de desarraigo no era fácil encontrar una posición social. El 12 de diciembre de 1584 se casó con una hidalga rural, Catalina de Salazar, en Esquivias, desde donde se desplaza con frecuencia a la corte en busca de algún oficio; entre intentos, súplicas y algún servicio al rey, va desplegando su labor literaria que le permitía escasamente vivir. En 1585 publica la novela pastoril *La Galatea*. Entre 1587-1600 fija su residencia en Sevilla, ganándose la vida como comisario de abastos, sufriendo toda clase de desengaños y amarguras, pleitos y encarcelamientos. Siempre tuvo dificultades económicas y problemas con la justicia. En medio de estas penalidades no abandonó su actividad literaria. Una placa en la calle Sierpes de Sevilla recuerda que en aquella cárcel comenzó a escribir su inmortal novela, de acuerdo con lo que dice la metáfora del Prólogo: «Se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento».

En 1603 encontramos a Cervantes residiendo en Valladolid, la ciudad castellana en la que se había instalado la corte. En aquel momento el *Quijote* debía estar adelantado y allí concluyó la primera parte de la novela. La historia de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* se desarrolla en un mundo de encantamiento y de irrealidad, fruto de la fantasía desbordada del caballero andante, pero fluye en paralelo y se alterna con el mundo real e histórico contemporáneo del autor. Aquel comisario de abastos había recorrido villas y aldeas, tratando con todo tipo de personajes: venteros palurdos, ricachones desalmados, mujeres de rompe y rasga, curas de aldea, canónigos, hidalgos de villorrios. Este mundo variado y confuso es el que ha quedado retratado en la novela, que arranca en la Mancha, encrucijada y paradigma de esa España multirreligiosa donde convivían desde hacía siglos judíos, moros y cristianos. Ahí emerge la figura del historiador árabe Cide Hamete Benengeli, «flor de los historiadores», como parte de ese universo vital en el que se desarrolló el escritor y soldado Cervantes, que fue a lo largo de su vida «actor en el mundo de los cautivos; testigo de la expulsión de los moriscos; lector de libros sobre historias de árabes y, sobre todo, viajero

---

<sup>96</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LVIII, 1195.

en la España de entonces donde moros y cristianos eran presencia y realidad en el panorama social»<sup>97</sup>.

En vano se buscará una actitud de diálogo interreligioso al gusto de nuestra sensibilidad actual. En los capítulos LIV, LXIII y LXV de la segunda parte del *Quijote*, –señala Martín de Riquer–, Miguel de Cervantes aborda el gravísimo problema español de la expulsión de los moriscos, firmada por Fernando III en 1609<sup>98</sup>. Protagonista de esta historia es Ricote, el vecino tendero y morisco de Sancho Panza, «un arquetipo de la figura histórica del hispano-musulmán que vivía sus últimos años en España a comienzos del siglo XVII»<sup>99</sup>. Cuando se publicó el bando de expulsión, Ricote enterró un pequeño tesoro (joyas, dinero y monedas de oro) fuera del pueblo y partió solo, sin su familia, al extranjero en busca de residencia. Su mujer, Francisca Ricota, y su hija Ana Félix, fueron llevadas a Argel. Ricote viajó por Francia, Italia y Alemania y luego regresó de forma clandestina a España. Al encontrarse por tierras de Aragón con Sancho exclama: «Ahora conozco y experimento lo que suele decirse que es dulce el amor de la patria». Cervantes muestra claramente su compasión hacia aquel drama de quienes tuvieron que dejar casa, tierra, patria. Y el morisco Ricote confesó a Sancho:

«Yo sé cierto que la Ricota mi hija y mi Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre a Dios me abra los ojos del entendimiento y me dé a conocer cómo le tengo de servir»<sup>100</sup>.

A principios de 1606 la corte abandonó Valladolid y se trasladó de nuevo a Madrid. Allí se dirigió Cervantes al año siguiente. El 17 de abril 1609, cuando contaba sesenta y un años de edad, Cervantes se inscribió en la congregación laica de los Indignos Esclavos del Santísimo Sacramento. Tomar el escapulario de aquella hermandad suponía ir a misa todos los días, el examen de conciencia, comulgar cada primero de mes, rezar a la Corona de la Virgen, acudir a los ejercicios

---

<sup>97</sup> A. ARRIAGADA DE LASSEL, «El tema musulmán en el *Quijote* y la dualidad religiosa de algunos personajes», en R. FINE y S. LÓPEZ NAVIA, *Cervantes y las religiones*, 329-338; aquí: 337.

<sup>98</sup> *Para leer El Quijote*, 327-330.

<sup>99</sup> A. ARRIAGADA DE LASSEL, «El tema musulmán en el *Quijote*», 334.

<sup>100</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LIV, 1172.

de oración y de disciplina, visitar hospitales y asistir a los entierros de los cofrades<sup>101</sup>.

El anciano Cervantes ha conservado su lucidez en aquellos últimos años de su vida, de escasos recursos, pero de gran producción literaria y de honda espiritualidad. De hecho, en el decenio 1600-1610 ha redactado, además de la primera parte del *Quijote*, sus obras más famosas (*Rinconete y Cortadillo*, *El coloquio de los perros*, *El celoso extremeño*, *El licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona*, *La gitanilla*). Todavía entre junio y septiembre de 1610 se desplazó y residió en Barcelona, donde fue muy bien acogido. Aquel paso por Cataluña ha sido decisivo para perfilar algunos de los relatos que componen la última sección (capítulos LX-LXV) del segundo *Quijote*.

De regreso en Madrid, siguiendo el ejemplo de sus hermanas Andrea y Magdalena y de su esposa, el 2 de abril de 1613, pidió el ingreso en la Venerable Orden Tercera Franciscana. Su confesor fue Francisco Martínez, capellán de las Trinitarias. Tres años más tarde, en el lecho de muerte, el padre y padrastro de don Quijote hizo su profesión. En la dedicatoria al Conde de Lemos de su última y póstuma novela *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, dejó escrito con sus últimas fuerzas: «Puesto ya el pie en el estribo... Ayer me dieron la extremaunción [el 18 de abril] y hoy escribo esta: el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». Cervantes murió el 22 de abril en su casa de la calle del León de Madrid.

## 5. APROXIMACIÓN TEOLÓGICA: LA RELIGIÓN DE DON QUIJOTE Y LA FE DE ALONSO QUIJANO

Acabamos de mencionar la obra compuesta por Cervantes en los últimos meses de su vida, compendio de lo que pensaba y sentía acerca del arte, de la religión y de la vida aquel hombre «viejo, soldado, hidalgo y pobre», que había concluido en 1615 el segundo *Quijote*. Dejemos ahora aparte sus convicciones religiosas y la cuestión de la ortodoxia católica que tanto preocuparon a S. Muñoz Iglesias. El tema que quisiera plantear es otro. En este libro de entretenimiento y parodia, donde

---

<sup>101</sup> J. I. RUIZ - M. D. DELGADO, «Miguel de Cervantes Saavedra, un laico en la venerable orden tercera franciscana en la época de la confesionalización», en *Cervantes y las religiones*, 223-240; esp. 233-237.

predomina la burla, lo carnavalesco, la paradoja, la *vis comica*, resulta que la profundidad asoma a cada paso. ¿Qué lectura teológica permite el *Quijote*? ¿Podemos destilar un sustrato teológico? ¿Cómo ha quedado engastada la problemática religiosa en la novela?

A la hora de buscar el sustrato teológico del *Quijote* hay que partir de los datos más básicos que nos ofrece el relato literario: la historia del ingenioso hidalgo transcurre entre dos «conversiones», a saber, la conversión de Alonso Quijano a la caballería andante, adoptando el nuevo nombre de don Quijote, y la conversión de don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, a Alonso Quijano «el Bueno» al final de sus días<sup>102</sup>. La primera conversión, «del hidalgo sosegado a caballero andante»<sup>103</sup>, tuvo una causa bien precisa: la lectura de los libros de caballerías, «y así, del poco dormir y mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros»<sup>104</sup>. Se trata, por tanto, de una conversión por la lectura.

#### A) RELIGIÓN ES LA CABALLERÍA: CABALLEROS SANTOS HAY EN LA GLORIA

Ya hemos recordado más arriba cómo la lectura de los libros de santos fue una de las causas de la conversión de San Ignacio de Loyola, aficionado como era a los libros profanos de caballerías, cuyo impulso revierte en el deseo y voluntad de imitar a los santos. Alonso Quijano abandonó su vida anterior; sus aficiones y sus quehaceres, por culpa de los libros de caballerías. No había libros de devoción en la biblioteca del hidalgo manchego, cosa que es signo de la voluntad expresa del prólogo cervantino: no quiere mezclar lo humano con lo divino. Ambos caballeros han velado sus armas: Ignacio de Loyola, en Monserrat, delante de la imagen de Nuestra Señora; Alonso Quijano en la venta de Puerto Lápice. Y enseguida hemos de ver cómo Cervantes pone en paralelo las andanzas de los caballeros andantes con las vidas de los religiosos y de

<sup>102</sup> Cf. M. MARCOS - R. TEJA, «La fe de Don Quijote o la caballería como "religión civil"», en *Cervantes y las religiones*, 681-689; aquí: 682.

<sup>103</sup> El labrador Pedro Alonso es el único en la primera parte del *Quijote* que le llama por su nombre, cuando le recoge y lo devuelve a su casa: «Señor Quijana –que así se debía llamar cuando él tenía juicio y no había pasado de hidalgo sosegado a caballero andante» (Lib. I, cap. V, 78).

<sup>104</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. I, 42.

los santos. Es bella la recreación estética que Unamuno hace de esta conversión: «Perdió Alonso Quijano el juicio, para ganarlo en Don Quijote: un juicio glorificado»-; y así nació «el don Quijote eterno»<sup>105</sup>. Pero la conversión es caída en la locura. Así nace el *quijotismo*: el hidalgo rural se sumerge en el mundo anacrónico y fantástico de los antiguos caballeros andantes.

Don Quijote se había entregado con fervor religioso de converso a los libros de caballería, que son por así decirlo su Biblia, sus escrituras canónicas. El hidalgo manchego no solo ha internalizado ese mundo ficticio de los libros de caballerías, sino que ha elevado su mentira a la categoría de única verdad y forma de vida. Don Quijote le llega a decir al canónigo: «Lea esos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala»<sup>106</sup>. Pero veremos que la historia de don Quijote es la quiebra, tras continuos fracasos y disgustos, de esa fe en la caballería andante que da forma y estructura a su religión. Veamos, pues, cuál es la religión que adoptó el caballero andante cuando renegó de ser Alonso Quijano.

En la primera parte de la novela hay dos pasajes que emplean el término «religión». El primero, que se encuentra en el capítulo XXX y es una especie de revisión del episodio de los galeotes, reza así:

«A los caballeros andantes no les toca ni les atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus gracias: sólo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohína y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo demás allá se avenga; y a quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería y que miente como un hideputa y mal nacido»<sup>107</sup>.

Con estas palabras justificaba don Quijote su malhadada actuación liberando a los galeotes delincuentes, contraviniendo así la decisión ya tomada por quienes administran la justicia. Aquí el término *religión* puede referirse tanto a la orden de caballería considerada como orden

---

<sup>105</sup> M. DE UNAMUNO, *Vida de Don Quijote y Sancho*, 165.

<sup>106</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. L, 626.

<sup>107</sup> Lib. I, cap. XXX, 378.

religiosa cuanto al cristianismo. En este sentido, la pérdida del juicio ha disparado un deseo absoluto y sin límites para la realización de los valores cristianos de amparar al necesitado, de liberar cautivos, de socorrer a los oprimidos, de deshacer entuertos. Esta será la pauta de conducta que va a exhibir el demente hidalgo, como si las virtudes cristianas también se hubieran vuelto locas. Ahora bien, volviendo sobre el episodio de la liberación de los galeotes, no es menos cierto que Cervantes, que padeció mil penalidades en Argel, tenía que apiadarse del sufrimiento de aquellos reclusos. En palabras de A. Regalado: «Alonso Quijano, vuelto don Quijote, despliega en su noble entrega al ejercicio de la caballería andante un paradójico pero no insólito ayuntamiento de sindéresis y despropósitos, de fe cristiana y de creencias mágicas, de sabiduría e ignorancia»<sup>108</sup>.

Por eso, es interesante el contrapunto que aparece en la segunda ocasión en la que se habla de la caballería como religión. Es en el capítulo XLIX, casi al final de la primera parte: don Quijote sostiene con el canónigo de Toledo una discusión acerca de la verdad histórica de la caballería andante, y, entre otros inverosímiles caballeros andantes ha mencionado a los Doce Pares, caballeros escogidos por los reyes de Francia. En su réplica el canónigo puntualiza en estos términos: «era como una religión de las que ahora se usan de Santiago o de Calatrava»<sup>109</sup>. Con precisión y rigor histórico, el canónigo aclara que los auténticos herederos de las *virtudes* caballerescas están integrados en unas instituciones que funcionan con reglas precisas y firmes compromisos. Se percibe bien el contraste entre la locura del caballero con una mente lúcida y cuerda desde la que habla el autor Cervantes. De esta forma se ve refutada la alocada religión que don Quijote asocia al ejercicio de la caballería andante.

Era común en la Edad Media llamar religiones a las órdenes de caballería, de la misma manera que con este mismo término de religión eran nombradas las órdenes religiosas. En el capítulo XIII de la primera parte de la novela, el ideal caballeresco y el ejercicio de las armas habían sido asimilados a la severidad de la vida monástica en el diálogo que don Quijote sostuvo con Vivaldo. Con claras reminiscencias del pasaje de 1 Cor 15, 9, el hidalgo manchego presenta el ejercicio de su profesión

<sup>108</sup> Véase: A. REGALADO, «La religión de don Quijote y la fe de Alonso Quijano», en *Cervantes y las religiones*, 199-222; aquí: 199. De aquí tomo el título de este apartado.

<sup>109</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. XLIX, 621.

como la de los «caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos»<sup>110</sup>. Los que esto oyeron, «le tuvieron por loco». El discreto y vivaracho Vivaldo le dijo: «Paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha»<sup>111</sup>.

En su respuesta don Quijote, sin atreverse a igualarse con un cartujo, asume la comparación y establece un contraste entre la profesión de los religiosos y la de los soldados y caballeros en los siguientes términos:

«Los religiosos, con toda paz y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra, pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, (...), no debajo de cubierta, sino al cielo abierto. (...). Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella la justicia. Y como las cosas de la guerra no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden»<sup>112</sup>.

Aquí, —observa C. Morón—, don Quijote toca un punto delicado que afecta a la controversia suscitada por Erasmo en la primera mitad del siglo XVI. Su lema, *monacatus non est pietas*, establecía que la vida religiosa no es más santa que la vida seglar, según el Evangelio. La doctrina tradicional de la Iglesia consideraba que el estado de vida, asentado sobre la profesión de los votos de pobreza, castidad y obediencia, era objetivamente más perfecto que el seglar (sin excluir que las personas concretas puedan ser más perfectos que los frailes). En este resbaladizo terreno teológico los argumentos del caballero andante desembocan en esta cautelosa advertencia y conclusión: «No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso»<sup>113</sup>. No obstante, la consagración al servicio del más alto ideal caballeresco acercaba esta profesión a los votos de los religiosos.

---

<sup>110</sup> Lib. I, XIII, 149.

<sup>111</sup> Lib. I, cap. XIII, 151.

<sup>112</sup> Lib. I, cap. XIII, 152.

<sup>113</sup> *Para entender El Quijote*, 74.

En la segunda parte del *Quijote* vuelve a aparecer la relación entre la caballería y la religión cristiana, en un delicioso diálogo entre amo y escudero, que culmina en una comparación con la vida de los frailes y de los santos. Todo arranca de la consideración del ingenioso caballero que se lee en el capítulo VIII: «el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera». Las consideraciones sobre las grandes hazañas históricas que ansían premios e inmortalidad dan paso a una afirmación que subraya cuál es la fama que verdaderamente importa:

«Los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene un fin señalado. Así, ¡oh Sancho!, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos»<sup>114</sup>.

La buena fama –explica don Quijote– se consigue a través de una batalla espiritual que vence a los vicios:

«Hemos de matar en los gigantes a la soberbia; a la envidia, en la generosidad y buen pecho; a la ira, en el reposado continente y quietud del ánimo; a la gula y al sueño, en el poco comer que comemos y en el mucho velar que velamos; a la lujuria y lascivia, en la lealtad que guardamos a las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; a la pereza, con andar por todas partes del mundo, buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros»<sup>115</sup>.

El escudero, tras algunas disquisiciones, le pregunta por qué no se dedican a ser santos o frailes, y así conseguir más fácilmente la buena fama, ya que «más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas». De nuevo está sobre el tapete la comparación con el estado religioso o de fraile. La respuesta que ahora da don Quijote va en esta dirección: aun cuando el estado religioso sea considerado objetivamente superior al estado seglar, en cada estado uno se puede santificar y salvar. El hidalgo manchego recuerda que en todos los estados se puede llegar a la perfección cristiana: «No todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos al cielo; religión es la

<sup>114</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. VIII, 753-754.

<sup>115</sup> Lib. II, cap. VIII, 754.

caballería, caballeros santos hay en la gloria»<sup>116</sup>. La escena concluye con la resolución de una última objeción: si hay más frailes en el cielo que caballeros andantes, ello se debe a que es mayor el número de religiosos que de caballeros. Y aunque muchos sean los andantes, –zanja don Quijote–, «pocos son los que merecen el nombre de caballeros».

#### B) EL DISCURSO DE NUESTRA PEREGRINACIÓN: SPERO LUCEM, POST TENEBRAS

Durante años Alonso Quijano dedicó sus ratos de ocio a leer y re-leer los libros de caballerías, hasta que se decidió a vivirlos. Existe otro elemento teológico inscrito en esa conversión: la peregrinación como realización de una misión, porque don Quijote decide salir a peregrinar por esos mundos de Dios en busca de aventuras, para realizar hazañas y restablecer la justicia y la verdad, siguiendo «la angosta senda de la caballería andante» y ejercitando una especie de milicia cristiana que incluye, como ya hemos tenido ocasión de ver, una vocación de fuerte impronta ascética, cuyo antagonista es el flojo cortesano<sup>117</sup>.

El ideal del caballero andante se entrecruza así con el del andante peregrino, «símbolos del arquetipo cristiano, del caminante bíblico que, guiado por la ilusión y la voluntad de ser sí mismo a la luz de la fe, pasa errante y extranjero como una sombra sobre la faz de la tierra *quia peregrini et hospites sunt super terram*»<sup>118</sup>. Este ideal judeo-cristiano y ascético de peregrinación impulsa a don Quijote, en la medida en que la caballería medieval había interiorizado ese espíritu religioso. De este modo, Cervantes puede expresar de forma plástica, a través del fracaso de don Quijote, la verdad antropológica del hombre del barroco: el paso fugaz por esta tierra, la caducidad de esta vida, el deseo de inmortalidad y de una vida plena y eterna.

Hidalgo y escudero realizan una peregrinación desde la Mancha hasta Barcelona, que la novela distribuye en tres salidas. Desde su primera

<sup>116</sup> Lib. II, cap. VIII, 757.

<sup>117</sup> Lib. I, cap. XIII, 149: «La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera. El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron e hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes».

<sup>118</sup> M. D. ESTEVA DE LLORET, «El cristianismo interiorizado de Cervantes a la luz de la Sagrada Escritura, la predicación y los catecismos de la época», en *Cervantes y las religiones*, 147.

salida, el caballero transforma la realidad con la que tropieza según su manía, si bien se mostrará culto y sabio en sus discursos. De vuelta a casa proclama su fe en sí mismo y en su misión tras aquel primer fracaso aventurero: «Yo sé quién soy, y sé que puedo ser»<sup>119</sup>. En la segunda salida le acompaña el tosco labrador, Sancho Panza, ingenuo y ávido, pero un arsenal de sabiduría popular. La primera parte de la novela está organizada sobre la idea del viaje para conocer el mundo a la búsqueda de las aventuras que den forma a la identidad del caballero. Pero cuanto más elevado es el ideal, mayor es la disparidad con la realidad. Alonso Quijano, al ejercer su nueva profesión comete con la mejor intención del mundo tantas tropelías como para pasar el resto de sus días en galeras, o en un manicomio. Tras la aventura del cuerpo muerto, por ejemplo, en la que don Quijote hiere a un clérigo, protesta el enajenado hidalgo: «Yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy»<sup>120</sup>. Y así una tras otra. Finalmente, engañado con la historia de la liberación de la princesa Micomicona, un don Quijote enjaulado regresa por segunda vez a su lugar de la Mancha, pero esto no ha sido suficiente para cortar el hilo de los proyectos del hidalgo, que está dispuesto a participar en los torneos de Zaragoza.

Don Quijote y Sancho Panza emprenden una tercera salida, que ocupa todo el segundo libro. En esta segunda parte de la historia se advierte una notable diferencia que afecta a la evolución de la locura quijotesca: en la primera parte, el hidalgo desfigura la realidad y los que le rodean, empezando por Sancho, le quieren sacar de su error; su enfermedad –dice Morón– es la *ilusión*, mientras que en la segunda parte, es la *alucinación*<sup>121</sup>. Al iniciarse la tercera salida son los que le rodean, como Sancho y los Duques, los que desfiguran la realidad para él, que la ve y percibe tal cual es. Si antes el escudero se afanaba en hacerle ver que no había gigantes, ni ejércitos, sino molinos y rebaños, ahora le pone ante tres feas aldeanas y sostiene que él está viendo a tres encumbradas damas; pero don Quijote replica: «Yo no veo sino a tres labradoras sobre tres borricos»<sup>122</sup>. Ahora, inversamente, don Quijote, que sigue en su mundo caballeresco y fantástico, ve con los ojos las ventas como ventas

---

<sup>119</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. I, cap. V, 79.

<sup>120</sup> Lib. I, cap. XIX, 225.

<sup>121</sup> Cf. *Para entender El Quijote*, 156-170.

<sup>122</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. X, 769.

y las labradoras como labradoras, pero juzga que esas realidades son falsificaciones que los encantadores hacen de los castillos y de su bella Dulcinea, emperatriz de la Mancha.

Así empieza, en el décimo capítulo, el recorrido que gradualmente llevará al iluso hidalgo, «un cuerdo loco y un loco que tiraba a cuerdo»<sup>123</sup>, al desengaño final y a la muerte. La conducta ejemplar del caballero, su dignidad y los ideales del honor que dan nobleza a la vida humana se ven puestos a prueba en las nuevas aventuras y en esa estancia en casa de familias acomodadas, que agudizan el sufrimiento melancólico de don Quijote. Así se pone de manifiesto en su discusión en el castillo de los Duques con el «grave eclesiástico» que ha despreciado el sentido de la caballería andante:

«¿Por ventura es asumpto vano o es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tangan por sandío los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballería, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir, si place al Altísimo. Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil; otros por el de la hipocresía engañosa, y alguno por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra (...) Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son hacer bien a todos y mal a ninguno»<sup>124</sup>.

En el palacio de los Duques permaneció don Quijote mientras Sancho gobernaba en la ínsula Barataria. Allí su locura caballescaca fue objeto de las burlas de Altisidora, que quiso poner a prueba su fidelidad a Dulcinea, y de Doña Rodríguez. Tras la despedida de los Duques, y reunidos de nuevo, hidalgo y escudero reemprenden su viaje. Nada más salir del castillo, enderezando el camino a Zaragoza, don Quijote entona el canto a la libertad que inaugura el capítulo LVIII, y lo primero que encuentran es un grupo de hombres que portan unas imágenes para la Iglesia de su pueblo. Son las imágenes de S. Jorge, S. Martín, Santiago y

<sup>123</sup> Así le describe el Caballero del Verde Gabán (Lib. II, cap. XVII, 838).

<sup>124</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. XXXII, 972.

S. Pablo. El comentario que brota de los labios de don Quijote constituye un verdadero punto de inflexión:

«Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio podría ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo»<sup>125</sup>.

Aquella aventura fue –en palabras de Sancho– «de las más suaves y dulces en todo el discurso de nuestra peregrinación»<sup>126</sup>. Sin embargo, las reflexiones del hidalgo están cargadas de pesadumbre, porque no sabe para qué sirven sus trabajos de hombre pecador, puestos al lado de los santos caballeros militares, paradigma de la *militia Christi* y de la *militia secularis*, que han conquistado el cielo. En este momento crucial don Quijote parece estar minado en su interior por el fracaso, por las dudas y por la impotencia: ¿tiene sentido el heroísmo humano, el esfuerzo en pro del bien del prójimo, la ayuda a los menesterosos y el combate contra todos los opresores? Los Duques, los Antonios Morenos, todos cuantos hacen del valor y de la bondad un mero pasatiempo para rellenar su ocio, han cuestionado de raíz el ansia de gloria del caballero andante que aspira a través de una vida virtuosa a la inmortalidad<sup>127</sup>. Además, nuestro caballero se siente enloquecido por el dolor de tener a Dulcinea encantada y convertida en zafia labradora.

Todavía, sin salir del capítulo LVIII, en uno de esos elocuentes momentos de cordura, don Quijote dirige a los pastores de la Arcadia el discurso sobre la gratitud, que refleja una imagen de Dios en la que contrastan las dádivas y la generosidad del Creador con la débil y pecadora condición humana:

<sup>125</sup> Lib. II, cap. LVIII, 1198.

<sup>126</sup> Lib. II, cap. LVIII, 1199.

<sup>127</sup> Lib. II, cap. VI, 738: «Pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos a la caballería andante, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en la vida, y no en la vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin».

«Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse: que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque, por la mayor parte, los que reciben son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre a las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrechez y cortedad, en cierto modo, la suple el agradecimiento»<sup>128</sup>.

Así, andando nuevos caminos y esquivando Zaragoza, –escenario de la actuación del falso *Quijote* de Avellaneda–, los dos manchegos reemprenden su peregrinación y se dirigen a Barcelona, una ciudad bulliciosa que los va a arrollar. En todos los episodios catalanes la figura del caballero andante se ve sobrepasada por la figura de verdaderos aventureros, como el bandolero Roque Guinart, que no ha salido de los libros de caballerías sino de la vida real. El devenir de la vida caballeresca del hidalgo está tocando a su fin. El bandolero catalán le contempla sumido en su desesperación: «Admirole ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y a don Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza»<sup>129</sup>. En la playa de Barcelona el Caballero de la Triste Figura es retado por el Caballero de la Blanca Luna, que no es otro que el bachiller Sansón Carrasco disfrazado, que, en su desafío ha minusvalorado la belleza de Dulcinea. Derrotado en aquel duelo, y obligado a volver a casa, pronuncia estas palabras en el trance más lastimoso de su vida: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra. Aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra»<sup>130</sup>.

De regreso a casa, el caballero andante vencido, mientras el escudero duerme, compone versos que brotan de su dolor por la derrota en la batalla y por la ausencia de Dulcinea, al tiempo que exhalan una reflexión

<sup>128</sup> Lib. II, cap. LVIII, 1205.

<sup>129</sup> Lib. II, cap. LX, 1222.

<sup>130</sup> Lib. II, cap. LXIII, 1267.

desconsolada sobre el carácter efímero de la vida: «Así el vivir me mata, / que la muerte me torna a dar la vida. ¡Oh condición no oída / la que conmigo muerte y vida trata»<sup>131</sup>.

C) DESENLACE FINAL: VICTORIA DE LA MISERICORDIA DE DIOS  
SOBRE EL PECADO HUMANO

Recluido en su casa, bajo los cuidados de su sobrina y de su ama, la vida de don Quijote tocaba a su fin: melancólico y apesadumbrado por su derrota y esperando en vano el desencanto de Dulcinea, cayó enfermo y estuvo seis días encamado. Tras un largo sueño despertó y, dando una gran voz, pronunció unas palabras que sobrecogieron a la sobrina: «¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres»<sup>132</sup>.

Asistimos en ese preciso momento a la segunda conversión, el episodio que va a clausurar la novela cervantina, cuando la cordura de la muerte pone fin a la locura de la vida. Como señala A. Regalado, «el caballero andante que ha divertido al lector a lo largo de dos voluminosos tomos deja de ser don Quijote ante las puertas de la muerte para volver a asumir en su estado puro, la identidad de Alonso Quijano el bueno. Hasta ese momento el lector sólo ha conocido un personaje en el que se confunden el culto y prudente hidalgo manchego y el temerario, sublime e insensato caballero andante»<sup>133</sup>.

Ahora, la religión de la caballería andante deja paso a la fe de Alonso Quijano. Cervantes hace que don Quijote por la voluntad de la gracia divina vuelva a ser Alonso Quijano. Este don Quijote, en plena posesión de sus facultades, se enfrenta a las postrimerías sintiendo las huellas de Dios. La misericordia de Dios, más poderosa que el pecado humano, ha actuado de esta forma concreta: «Yo tengo ya juicio libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías». Don

---

<sup>131</sup> Lib. II, cap. LXVIII, 1292.

<sup>132</sup> Lib. II, cap. LXXIII, 1329.

<sup>133</sup> «La religión de don Quijote y la fe de Alonso Quijano», 221.

Quijote sabe que se muere y lamenta que ya no hay tiempo «para hacer alguna recompensa leyendo otros que sean luz del alma»<sup>134</sup>.

La velada alusión al libro de Meneses, visto en la imprenta de Barcelona, establece la contraposición entre este género de libros de devoción y los libros de caballerías. Justo antes de hacer confesión y hacer testamento lamenta no poder seguir leyendo libros. Por lo demás, recuérdese que en el escrutinio de libros del hidalgo al comienzo de la novela solo se libró del fuego purificador la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, «el mejor libro del mundo», pues «aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento»<sup>135</sup>. Así actuó nuestro caballero andante al final de sus días.

Unamuno insiste en este punto: a la luz de la muerte se revela el misterio de la vida *quijotesca*, de modo que el hidalgo confiesa y declara en este trance supremo que su vida fue un «sueño de locura»<sup>136</sup>. Y exclama ante sus amigos:

«Dadme albricias, buenos señores, de que yo ya no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de «bueno». Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino»<sup>137</sup>.

En el lecho de muerte, el cura Pero Pérez, el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero constatan cómo don Quijote había vuelto con tanta facilidad de «loco a cuerdo»: «Verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno». En realidad, don Quijote nunca ha dejado de ser Alonso Quijano, como prueban sus momentos de cordura, más abundantes en la segunda parte. Como señala Morón, en el *quijotismo* se pueden identificar estos tres elementos: «el quijotismo es idealismo loco (ingenio sin juicio), idealismo de caballero (ingenio con juicio, dechado de nobleza), compromiso con el bien (Alonso Quijano, «el Bueno»)»<sup>138</sup>.

<sup>134</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LXXIII, 1330.

<sup>135</sup> Lib. I, cap. VI, 90-91.

<sup>136</sup> UNAMUNO, *La vida de Don Quijote y Sancho*, 508.

<sup>137</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, cap. LXXIII, 1330-1331.

<sup>138</sup> *Para entender El Quijote*, 263.

El segundo *Quijote* fue redactado casi a la vez que la novela póstuma *Los trabajos de Persiles y Segismunda*. Allí, en el capítulo primero del libro tercero, se puede leer una confesión de fe, de sabor agustiniano, que ayuda a iluminar el itinerario teológico del alma a Dios que explica por contraste la fallida peregrinación de quien trocó su condición de hidalgo sosegado en caballero andante:

«Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar, sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden: que éste se tome, aquél se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ése será el mejor; cuando no se mezcla con error de entendimiento».

He aquí la fe más profunda de Alonso Quijano-Cervantes. El escribano que estuvo presente en el lecho de don Quijote «dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote»<sup>139</sup>.

## 6. CONCLUSIÓN: LA PLUMA CERVANTINA HA CUMPLIDO CON «SU CRISTIANA PROFESIÓN»

En su excelente trabajo sobre el tratamiento lingüístico del tema religioso en el *Quijote*, S. Muñoz Iglesias puso de relieve la fidelidad de Cervantes a la doctrina de la Iglesia formulada en los moldes filosóficos y teológicos del catolicismo impulsado por la reforma tridentina. A partir de esos resultados hemos querido rastrear el sustrato teológico de la historia. El ingenioso hidalgo es un andante caballero y cristiano católico, que entiende su peregrinación a través de la angosta senda de la caballería como un meritorio camino de salvación; en el ejercicio de esta profesión, llevado de un idealismo extremado, da muestras de grandes virtudes y de grandes defectos, exhibiendo los valores más nobles del ser humano, si bien siempre condicionados por la realidad pecadora de su naturaleza. A esta certeza antropológica corresponde una fe esperanzada, porque «aunque los atributos de Dios todos son iguales, más

<sup>139</sup> *Don Quijote de la Mancha*, Lib. II, LXXIII, 1335.

resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia»<sup>140</sup>.

El *Quijote* es literatura de ficción en la pluma de un cristiano laico, que de cuando en cuando dice «cosas de meollo y sustancia», también en el terreno religioso. Pues, como observa Sancho Panza sobre su amo, «yo pensaba en mi ánimo que sólo debía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada»<sup>141</sup>. Y don Quijote formula cosas de enjundia teológica porque su proceder obedece a un principio que el autor Cervantes recalca de continuo: «Como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que a cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras»<sup>142</sup>.

Cervantes puso fin a su novela con el diálogo entre Cide Hamete Benengeli y su pluma; ella ha cumplido «con su cristiana profesión», mientras que se nos recuerda por última vez la intención y el objetivo del autor: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo, sin duda alguna»<sup>143</sup>.

Merece la pena poner en relación estas palabras con las dos últimas voluntades contenidas en el testamento de Alonso Quijano. La primera es la advertencia para la sobrina: que no case hombre aficionado a los libros de caballerías, y si lo hace, quedará desheredada<sup>144</sup>. En segundo lugar, la petición de perdón a Avellaneda, el impostor, aunque él va a reivindicar su *verdadero* don Quijote<sup>145</sup>.

<sup>140</sup> Lib. II, cap. XLII, 1061.

<sup>141</sup> Lib. II, cap. XXII, 884.

<sup>142</sup> Lib. II, cap. XLIII, 1062.

<sup>143</sup> Lib. II, cap. LXXVIII, 1337.

<sup>144</sup> Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe y, con todo eso, mi sobrina quiere casarse con él y se casare, pierda todo lo que he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pías a su voluntad».

<sup>145</sup> Lib. II, cap. LXXVIII, 1334: «Iten, suplico a los dichos señores mis albaceas que si la buena suerte les trujere a conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de don Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone

Rebatir la obra del falsario Avellaneda forma parte del propósito negativo de la obra cervantina, su invectiva contra los libros de caballerías. Ahora bien, no se han de olvidar estos otros dos propósitos de signo positivo: el que va puesto en el prólogo del libro, a saber; engendrar «el libro más hermoso, el más gallardo y discreto que pudiera imaginarse» (Prólogo, 9), y el indicado al comienzo de la segunda parte, esto es, dar a los lectores una tal historia «del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento (...), porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesto ni un pensamiento menos que católico»<sup>146</sup>.

---

la ocasión que sin yo pensarlo le di de haber escrito tanto y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos».

<sup>146</sup> Lib. II, cap. III, 712.